

arrojado de su presencia? ¿Cuántos años hace que estaríamos en el infierno? Prometamos al Corazon de Jesus ser pacientes y humildes hácia todos, disimulando las faltas ajenas, y *sobrellevándonos los unos á los otros, como Cristo nos recibió para gloria de Dios* <sup>1</sup>.

## AFECTOS.

¡O Jesus amantísimo! Os debo mi creacion, mi redencion, mi vocacion, y el dolor que tengo de haberos ofendido, y espero que algun dia diré con los moradores del cielo, que os debo mi salvacion. Ni un momento ha trascurrido, en que no os deba beneficios infinitos, y ni un momento ha pasado ni pasa, en que no deba amaros <sup>2</sup>. Te amo pues, ó Dios mio, y deseo amarte mas y mas <sup>3</sup>.

Padre nuestro, etc., *como el primer dia.*

<sup>1</sup> Rom. cap. 15, v. 7.

<sup>2</sup> Soliloq. cap. 18.

<sup>3</sup> Amo te, Deus meus, magisque semper amare cupio. (Ibid. cap. 19.)

## DIA XIII.

*Todo se dirá como el primer dia hasta la siguiente*

## MEDITACION.

## COMPASION Y TERNURA DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. Es Jesus *el candor de la luz eterna, el espejo purísimo de la majestad de Dios, y la imagen de su bondad* <sup>1</sup>: él solo es en sí mismo, por sí mismo y de sí mismo, bienaventurado y poderoso, como Hijo de Dios, engendrado eternamente por él en los resplandores de la santidad. Es él quien extendió los cielos, matizándolos de estrellas, y afirmó la tierra <sup>2</sup>, poblando el universo de seres racionales que lo conociesen y lo amasen, y de objetos, que sin conocerlo, le obedeciesen, y sin tener lengua, publicasen su gloria. Él es aquel á quien *le fué dada la potestad, y el honor, y el reino, potestad eterna, que no le será quitada, y reino que no decaerá, pues le servirá toda lengua, nacion y tribu* <sup>3</sup>. Es por fin el Verbo divino, el dominador del mundo, el Admirable, el Consejero, el Dios, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz <sup>4</sup>.

¡Cuánta grandeza, cuánta gloria y felicidad! Y sin embargo, cuando esta Sabiduría eterna conversa con los hombres, se conmueve, se estremece, se turba, exhala profundos suspiros, gime y prorrumpe en

<sup>1</sup> Sap. cap. 7, v. 26.

<sup>2</sup> Isai. cap. 44, v. 24.

<sup>3</sup> Dan. cap. 7, v. 13.

<sup>4</sup> Isai. cap. 9, v. 6.

*Quien  
es Jesus  
y cual  
es su  
gloria*

*2.  
Fueron  
lo llor  
¡Cómo  
pueden aliar  
de en su  
corazon la  
grandeza y el  
supiniente?*

amargo llanto. ¿Qué misterio es este? ¿Qué tiene que ver la felicidad eterna é inalienable con la tristeza y la turbacion? ¿Qué armonía hay entre la grandeza de la majestad y los sollozos de la miseria? ¿Cómo el que oye sin cesar los acentos inmortales de los serafines, suspira y llora como los séres desgraciados, que son víctimas de la muerte? ¡Ah! Dios, que une lo ínfimo á lo sumo, y lo humano á lo divino, no se ha desdeñado de tener un Corazon, donde residen todas las grandezas que le son esenciales é innatas como señor y rey de los siglos, y todos los sentimientos propios de un padre, de un amigo, de un hermano: y como son estos los títulos con que se presenta á los hombres, toda desgracia lo mueve á compasion, turbándose con los atribulados, condo- liéndose con los tristes <sup>4</sup> y llorando con los que llo- ran <sup>2</sup>.

¡De qué modo tan inefable une Jesus toda la ternura de un amigo á la grandeza y majestad infinitas! Se descubre su divinidad en cuantas palabras pronuncia, y en cuantas acciones ejecuta: mas para mostrarse compasivo y tierno hácia los desgraciados, esconde aquella de tal modo, que aparece como si ignorase las cosas pasadas. *¿Cuánto tiempo hace que tu hijo es estropeado por el espíritu?* pregunta al padre afligido <sup>3</sup>: *¿Dónde habeis enterrado á vuestro hermano?* dice á la desconsolada Marta <sup>4</sup>. Así trata Jesus á los atribulados, á fin de hacerles mas palpable el interés que se toma en sus aflicciones, é inspirarles aquella fe, á la cual sucedia inmediatamente el ejercicio de

<sup>1</sup> Luc. cap. 7, v. 13.

<sup>2</sup> Joan. cap. 11, v. 35.

<sup>3</sup> Marc. cap. 9, v. 20.

<sup>4</sup> Joann. cap. 11, v. 34.

su potestad divina sobre las enfermedades, sobre los espíritus malignos y sobre la muerte.

Es tan grande la ternura de Jesus, que él mismo se introduce en los pórticos, donde yacen los enfermos, para ofrecer la salud al que sabe que está mas necesitado y desamparado <sup>1</sup>. Si la turba impide á los ciegos que pidan la vista, Jesus se mueve á compasion, y los llama y los cura <sup>2</sup>. Si los discípulos, no comprendiendo en qué consista la verdadera dignidad, no permiten que se acerquen á Jesus los niños, éste manda que se los traigan, los abraza con amabilidad, y los bendice <sup>3</sup>. ¿Quién temerá descubrir males á Jesus, sabiendo que su mayor placer es estar entre los hijos de los hombres? *No tenemos un Pontífice que no pueda compadecerse de nosotros* <sup>4</sup>. Sabe cuáles son nuestras llagas por estar revestido de la misma naturaleza. ¿Por qué no nos aprovecharemos de su compasion y ternura? ¡O Jesus mio! me reconozco pecador ingrato, altivo y orgulloso; pero, hème aquí postrado á tus divinas plantas, esperando los efectos de tu ternura hácia los desgraciados, que piden la salud.

PUNTO SEGUNDO. Como las obras de Dios son todas perfectas, es de creer que, cuando Jesucristo daba á los enfermos la salud corporal, les infundia tambien la espiritual, siendo aquella el signo de esta, la cual, por ser espiritual, es invisible. Y en realidad, no habia bajado el Hijo de Dios precisamente para curar las enfermedades corporales, sino las espirituales, pues con su muerte y pasion mereció nuestra victoria sobre la muerte. Y una vez resucitado el

<sup>1</sup> Joann. cap. 5, v. 6.

<sup>2</sup> Mat. cap. 20, v. 32.

<sup>3</sup> Marc. cap. 10, v. 16.

<sup>4</sup> Hebr. cap. 4, v. 15.

hombre á la vida inmortal y gloriosa, ¿qué importa que haya pasado una vida de enfermedades y dolores? Mas, como para resucitar con Cristo, es preciso morir con Cristo, crucificando la carne con sus vicios y concupiscencias, es evidente que lo que mas deseaba el Salvador, era la curacion de las llagas de nuestras almas. Y si tanta compasion tenia á los enfermos, que se le presentaban, ¿cuánta no sería la que habia en aquel Corazon, que veia á toda la naturaleza humana postrada con la fiebre de la lujuria, de la soberbia y de todos los vicios?

No conocian por cierto los hombres la gravedad de sus males, hasta que vieron los horrendos estragos que causó el reato universal en el que, siendo inocente, lo tomó sobre sí, para destruirlo en la Cruz. Jesus se conmueve y entenece al oír los lamentos de los afligidos; pero al ponerse en contacto inmediato con los estragos del pecado, salen de su pecho hondos suspiros, y vierte rios de lágrimas, siendo éstas la manifestacion de la compasion, con que mira á los pecadores. En efecto, al acercarse á Jesus un sordo-mudo para que le sane, ó al pedirle los fariseos un milagro para creer en él, ve en aquel un hombre, á quien Satanás ha cerrado los oidos por el pecado, para que no oiga la voz de Dios, y anudado la lengua para que no pida perdon de sus culpas, y en estos unos seres obstinados en su orgullosa malicia; en presencia de estas desgracias extremas para las almas, Jesus no puede menos de dar profundos gemidos <sup>1</sup>, y en efecto, los da.

(1) ¿Quién no se entenece viendo correr las lágrimas de Jesus, al acercarse á la tumba de Lázaro, que es

<sup>1</sup> Marc. cap. 7, v. 33, et 8, 12.

*Will hijo de la Virgen de Nazareth,  
cuíto á pasar Jesucristo, ¿qui  
tengo yo que mi amistad*

la imágen del pecador muerto á la gracia divina, hediendo por sus abominaciones, y causando horror á los ángeles? ¿Quién no se conmueve, al saber lo que pasa por el Corazon de Jesus, cuando contempla el cariño con que ha tratado á Jerusalén, la ingratitud con que ésta le ha pagado, y los males que le han de sobrevenir por su rebeldía? «Si conocieras tú, dice, siquiera en este dia lo que puede atraerte la paz: porque ¡ay! vendrán tus enemigos, y te sitiarán, y te destruirán, porque no has querido conocer el tiempo de tu visitacion <sup>1</sup>.» Apenas ha dicho Jesus estas palabras, prorumpe en amargo llanto. ¡O amabilísimo Redentor! Ya que ve, que el derramar su sangre es infructuoso para el pecador, que no quiere aprovecharse de su precio infinito, tiene el consuelo de llorar á mares tanto abuso de una libertad, dada para mejores fines, y convertida por nuestra malicia en instrumento de la ruina eterna del pecador.

Jesus conoce perfectamente la belleza de nuestras almas: con su muerte nos ha merecido todas las gracias necesarias, para sufrir con paciencia las dolencias corporales, y la resurreccion de estos cuerpos caducos á una vida inmortal. ¡Ay! ¿qué compasion le causa la suerte de aquellas almas, cuyos cuerpos han de resucitar, no para ser semejantes á Jesus glorioso, sino para ser precipitados en el fuego destinado á Satanás y sus secuaces! Temamos, por tanto, que habiendo Jesus llorado de compasion por las almas que se pierden por su propia culpa, no entremos nosotros en el número de estas desgraciadas: correspondamos á la ternura con que da su gracia á los pecadores, teniendo un dolor intenso de haberlo

<sup>1</sup> Luc. cap. 19, v. 43.

ofendido, junto con un propósito firme de nunca mas pecar, y de satisfacer con frutos dignos de penitencia á la justicia divina ofendida.

*Damos la salud espiritual somos ciegos adina a invidiamaximas. libatum meam. como sordos - como raudos como praliticos.*

Es doctrina comun de los Santos, que todos tenemos una pasion dominante, que es como la hija predilecta del amor propio, y el centro á donde van á parar todas nuestras acciones. Si queremos que Jesucristo nos mire con compasion, es necesario que estirpemos de raiz esta pasion dominante: y para conseguirlo, debemos hacer cada dia el examen particular, que consiste en ver cuántas veces nos hemos dejado arrastrar de aquella, prometiendo al Señor enmendarnos.

#### PROPÓSITOS.

Sabiendo que no somos por nuestra parte sino miseria, vanidad, abismo tenebroso y tierra árida, que sin la bendicion de Dios no produce sino frutos de condenacion, acudamos al Corazon de Jesus que nos espera, y prometámosle descubrir todas nuestras enfermedades espirituales, y manifestar los pecados al confesor con toda claridad y confianza, escitándonos al dolor por haber ofendido á un Dios, que tanto nos ama y á quien hemos amado tan poco.

#### AFECTOS.

Hé aquí, ó Jesus mio, el primero y el mayor de los pecadores que has salvado. Muchas y grandes son mis enfermedades; pero es mayor tu medicina.

Tú, Señor, sabes mi debilidad: ayúdame, pues, ó Dios mio, y sálvame. Tú, ó Dios mio, ves mis llagas y mis miserias; y con sola tu palabra puedes sanarlas todas. Espero, pues, en tu amor que no seré confundido para siempre <sup>1</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

## DIA XIV.

*Todo se dice como el primer dia hasta la siguiente*

### MEDITACION.

CELO DEL CORAZON DE JESUS POR LA GLORIA DE SU ETERNO PADRE.

PUNTO PRIMERO. Habiendo Dios criado todas las cosas para gloria de su nombre, están obligadas las criaturas racionales á pagarle sin cesar el tributo de adoracion, que exige de ellas como Criador y Señor. Y como para adorar dignamente al Sér divino, es indispensable amarlo sobre todas las cosas, no es posible que exista este amor en el alma, sin que vaya acompañado de un deseo vehemente de que, cuanto hay en los cielos y en la tierra, alabe y bendiga perennemente á su Dios. Por eso las almas justas no se han contentado con buscar ellas en todas sus obras la gloria divina: sino que, abrazadas en santo celo, convidaban á que lo glorificasen, no solo á los ángeles de todas las gerarquías, y á los hombres de

<sup>1</sup> Psalm. 30, v. 1.

todas las naciones, mas tambien á los cielos, al sol, á la luna y las estrellas, á la tierra, á los cuadrúpedos y reptiles, á las aguas, á los vientos, á las tinieblas y á la luz <sup>1</sup>.

Es este celo por la gloria de Dios tanto mayor en las almas, cuanto es mas sublime y perfecto el conocimiento que tienen de sus infinitas perfecciones, pues saben que solo á Dios, Rey inmortal de los siglos, é invisible, *pertenece el honor y la gloria* <sup>2</sup>. Así es que los Santos del cielo, que ven á Dios cara á cara, no se cansan de dar *bendicion, honor y gloria al Señor, que ocupa el trono de majestad inefable* <sup>3</sup>, emulando santamente á las potestades angélicas, que con melodías nunca interrumpidas cantan el himno imperecedero, en que ensalzan al que llena la tierra con su gloria <sup>4</sup>. Y si este celo anima á los ángeles y á los predestinados, ¿cuál no será el de aquel, que *es cabeza de todo principado y potestad* <sup>5</sup>, y *primogénito entre muchos hermanos* <sup>6</sup>.

La gloria del Padre es tener un Hijo eterno, inmenso, infinito, Dios de Dios, y luz de luz, por ser con él una misma sustancia y esencia. Y como *nadie conoce al Padre sino el Hijo* <sup>7</sup>, el único fin de la vida de Jesus es darlo á conocer á los hombres, para que tengan vida eterna, y lo amen y adoren: y á pesar de que, por razon de la perfectísima unidad de las tres personas divinas en una misma naturaleza, toda gloria es indivisiblemente comun á las tres, este Hijo hecho hombre dice que no busca su gloria, sino

<sup>1</sup> Psalm. 148, v. 8.

<sup>3</sup> Apoc. cap. 5, v. 13.

<sup>5</sup> Colos. cap. 2, v. 10.

<sup>7</sup> Mat. cap. 11, v. 27.

<sup>2</sup> 1.<sup>a</sup> Timot. cap. 1, v. 17.

<sup>4</sup> Isai. cap. 6, v. 3.

<sup>6</sup> Rom. cap. 8, v. 29.

la del que le envió <sup>1</sup>. ¡Con qué fervor lo alaba y bendice como á su Padre, Señor del cielo y de la tierra! <sup>2</sup> ¡Con qué vehemencia nos explica el amor que nos tiene, y la fe y confianza, con que le hemos de pedir su gracia! ¡Con qué suavidad nos declara, cómo lo hemos de adorar en espíritu y verdad! ¡Con qué ternura manifiesta su amor infinito á los hombres, pues les dió á su propio Hijo, para que todo el que crea en él, tenga la vida eterna! <sup>3</sup>.

Ni un solo momento pasa Jesus, sin trabajar por extender la gloria de su Padre: aún no ha hecho mas que aparecer en la tierra, cuando ha dado orden á los ángeles, que anuncien á los hombres su entrada en el mundo, diciendo con dulce armonía: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad* <sup>4</sup>. Así, al suplicar á su Padre que lo glorificase, porque llegaba la hora de su sacrificio, le hizo presente que habia manifestado su nombre á los hombres, y lo habia glorificado en la tierra <sup>5</sup>: por lo que le suplicaba tambien que los santificase, para que fuesen ellos una sola cosa entre sí por la fe y la caridad, así como él y su Padre son una sola cosa por esencia <sup>6</sup>. ¡Ah! ¡Cómo nos enseña Jesucristo cuál ha de ser la ocupacion continua del cristiano! Si pretendemos ser ensalzados con Jesucristo, es necesario que todas nuestras acciones pertenezcan á Dios, haciéndolas con el fin de alabar su nombre inefable, á lo que estamos obligados, pues no nos pertenecemos á nosotros mismos, sino á Dios <sup>7</sup>.

<sup>1</sup> Joan. cap. 8, v. 50.

<sup>3</sup> Joan. cap. 3, v. 16.

<sup>5</sup> Joan. cap. 17, v. 1.

<sup>7</sup> Non estis vestri. (Corint. cap. 6, v. 19.)

<sup>2</sup> Mat. cap. 11, v. 25.

<sup>4</sup> Luc. cap. 2, v. 14.

<sup>6</sup> Ibid. cap. 17, v. 21.

PUNTO SEGUNDO No es posible conocer á Dios debidamente, si no se le ama con todo corazon; y no se le ama en caridad perfecta, si uno no se halla dispuesto á dar la vida en defensa de su honra. Así es, que Jesucristo cifró el objeto de su venida al mundo, en haber bajado del cielo para dar testimonio á la verdad <sup>1</sup>, defendiéndola contra el padre de la mentira, que pretendió usurpar los honores divinos y asemejarse al Altísimo. ¿Por qué murió Jesucristo? Por restablecer en la tierra la honra de su Padre, que los hombres habian desconocido, adorando su propia razon, y sirviendo á los deseos de la carne. No encontrando los enemigos en su vida una leve mancha, aunque se presentaron muchos testigos falsos <sup>2</sup>: no hallándose estos de acuerdo, aun en sus mismas calumnias, lo arrastraron ante un juez profano, para que lo condenara: mas este declaró que no hallaba tampoco en él causa alguna <sup>3</sup>, y conoció que eran la envidia y el odio, la causa por que aquel inocente se veia preso y encadenado <sup>4</sup>.

Pero Jesus habia afirmado que él y su Padre eran una misma cosa <sup>5</sup>, y en su consecuencia es acusado de que, siendo hombre, se llama Hijo de Dios. Y ¿era esto acaso una causa, ó un pretexto, que tomaban sus enemigos, para condenarlo á morir? La verdadera causa por que los fariseos quieren que Jesus muera, es porque no pueden sufrir su vista, pues ha defendido el honor de su Padre, explicando su santa ley, y condenando las interpretaciones falsas, introducidas por ánimos corrompidos. Jesus ha defendido

<sup>1</sup> Joan. cap. 18, v. 37.

<sup>2</sup> Matth. cap. 26, v. 60.

<sup>3</sup> Joan. cap. 18, v. 38.

<sup>4</sup> Matth. cap. 27, v. 18.

Joan. cap. 10, v. 30.

al huérfano y á la viuda, á quienes ellos oprimian: ha reprendido sus manejos hipócritas, con que robaban el altar; ha acogido con misericordia á los pecadores, que ellos rechazaban: ha abogado por el decoro del templo, que ellos profanaban: los ha amenazado con la justicia divina, asegurándoles que los trataria por sus abominaciones, peor que á los habitantes de Sodoma <sup>1</sup>; y les ha dicho claramente que no eran hijos de Abraham, pues no lo imitaban, siendo con mas propiedad hijos del demonio, ya que cumplan tan exactamente sus deseos <sup>2</sup>.

He aquí por qué el Autor de la vida es condenado á espirar en una cruz. Mas, ¿quién no se enamora de la verdad, al ver cómo Jesus la sostiene y defiende, hasta que da su último aliento? Jesus, que ve los pensamientos de sus émulos y acusadores, no responde á nada de cuanto alegan contra él; pero al oír el nombre de su Padre, por el cual se le manda que diga quién es, descubre su naturaleza divina, y la humana que ha tomado, en la cual ha de juzgar á los mismos que le interpelan <sup>3</sup>. Jesus no se queja ni habla, cuando lo maltratan y azotan: mas apenas un vil adulador lo hiere por su propia autoridad en el rostro, Jesus se queja, porque media el honor de su Padre, que ha dado á los hombres el precepto de la caridad, y conferido el derecho de castigar, no al individuo particular, sino á la justicia y á la autoridad, que procede de la autoridad divina <sup>4</sup>. Si un juez inicuo se arroga la arbitrariedad de vida ó muerte sobre el acusado, Jesus, que ha callado al ser calumniado, empieza á hablar tan pronto como oye

<sup>1</sup> Mat. cap. 11, v. 24.

<sup>2</sup> Joan. cap. 8, v. 39, 42.

<sup>3</sup> Mat. cap. 26, v. 64.

<sup>4</sup> Joan. cap. 18, v. 23.

el ultraje, que se hace á la justicia divina: pues esta da á los hombres poder para juzgar, pero con la condicion de salvar al inocente, y condenar al culpable <sup>1</sup>.

Si, Jesus es el Rey de los mártires, y el testigo fiel y veraz, que da su vida por el honor de su Padre, para animar con su ejemplo á sus discípulos á no temer los tórmentos ni la muerte, con que les amenazaren los tiranos, que se empeñen en sostener el error entre los hombres. ¡Ah! Echemos una mirada sobre nuestra conducta, y temblemos. El nombre de Dios se ve ultrajado y blasfemado con palabras y obras. ¿Lo defendemos nosotros? ¿No seguimos las huellas de un mundo corruptor, suspirando por riquezas, vanidades, y grandezas terrenas, sin hacer caso de las celestiales, y dando de este modo culto y adoracion á nuestra razon orgullosa y á las pasiones desarregladas? Jesus dice que, si nos avergonzamos de confesar su nombre en la tierra, no se pronunciará el nuestro en el cielo <sup>2</sup>.

#### EJEMPLO.

Nada mira Dios con tanto celo como la gloria de su nombre, castigando con gran severidad á quien no lo glorifica en todas sus obras. Se amotinaron los hijos de Israel en el desierto, por faltarles el agua, quejándose contra Moisés y Aaron: mandó Dios á estos que reuniesen las turbas, y que armado aquel de su vara, se acercase á un peñasco y le hablase, para que brotase un manantial. Acercóse aquel y dijo á la muchedumbre: *Oid, protervos é incrédulos.*

<sup>1</sup> Joan. cap. 10, v. 11.

<sup>2</sup> Mat. cap. 10, v. 33.

¿Podemos acaso hacer que brote agua de esta peña? Y al decirlo, dió dos golpes con su báculo en el peñon, que produjo un torrente. Mas, sea que no ejecutaran literalmente lo que Dios prescribiera, hablando á la piedra en vez de herirla, y pronunciando sus nombres en vez del de Dios, ó que dieran algun leve signo de duda ó de temor, ó que cayesen en otra falta, lo cierto es, que cometieron una culpa, y Dios les dijo estas palabras, verdaderamente aterradoras para nosotros: *Por cuanto no me habeis creído, para santificar-me delante de los hijos de Israel, no introduciréis estos pueblos en las tierras que les daré* <sup>1</sup>.

#### PROPÓSITOS.

Si esto hace Dios con aquellos que son sus amigos, ¿qué sucederá á los que miran con indiferencia la exaltacion del nombre divino? Está escrito que *Dios es celoso y poderoso* <sup>2</sup>, y que *glorificará á quien lo glorifique* <sup>3</sup>. Sepamos que nuestro amor propio se insinúa, hasta en hacer que los mismos desprecios que buscamos de los hombres, tengamos por fin nuestro ensalzamiento: si deseamos que los hombres nos reputen por humildes, destruimos con un orgullo oculto el mérito de las mismas austeridades. Propongamos, pues, como San Ignacio de Loyola, no hacer nada sino para gloria de Dios.

<sup>1</sup> Numer. cap. 20, v. 12.

<sup>2</sup> Exod. cap. 20, v. 5.

<sup>3</sup> 1.º Reg. cap. 2, v. 30.

## AFECTOS.

O dulcísimo Jesus, no permitais que deseemos la gloria vana de este mundo, sino que aspiremos á aquella inenarrable, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, que teneis preparada para los que, amándoos con todas sus fuerzas, tienen su gloria en hacer vuestra voluntad, gloriándose solamente en la esperanza de los hijos de Dios. *Vos solo, Señor, sois mi gloria y quien levanta mi cabeza* <sup>1</sup>.

Padre nuestro, etc., *como el primer día.*

## DIA XV.



*Todo se dice como el primer día, hasta la siguiente*

## MEDITACION.

CELO DEL CORAZON DE JESUS POR LA SALVACION DE LAS ALMAS.

PUNTO PRIMERO. Así como de la luz salen los rayos, procede del amor del Sér divino la caridad con que amamos á los hombres por Dios, no siendo separables estos dos amores; *porque hemos recibido de Dios este mandamiento, que quien ama á Dios, ame tambien á sus hermanos* <sup>2</sup>. No puede examinarse la naturaleza del amor, sin quedar convencido de esta verdad; porque amando á Dios de todo corazón, se ve el alma

<sup>1</sup> Psalm. 3, v. 4.

<sup>2</sup> Joann. cap. 4, v. 31.

como devorada de una sed de agradarle en todo, amando lo que él ama, y detestando lo que él aborrece. Y como tiene Dios á cada uno de los hombres un amor infinito, de ahí es que, quien lo ama, ama en él y por él á todos los que son objeto del amor divino; y no solo los ama, sino que les desea todo bien, y está pronto á sacrificarse por ellos para procurárselo.

Bien elocuentes son por cierto las lecciones que nos da sobre esto nuestro propio corazón: pues no sabemos amar, sin procurar hacer feliz al objeto amado, no contentándonos con un afecto árido y estéril, ni llenando nuestros corazones las palabras vanas, sino las obras y la verdad. Y siendo esto indudable, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, ¿cuánto no será el celo del Corazón de Jesus por la salvación de las almas? ¿Quién ama á Dios mas perfectamente, que el Corazón de Jesus? ¿Quién ha tenido mas deseo de complacerle en todo? ¿Quién ama mas intensamente cuanto Dios ama? ¡Ah, dichosos hombres! Ama Jesus á su Padre con una caridad infinita, y, como hace siempre *lo que es de su beneplácito* <sup>1</sup>, ama tambien á los hombres con el mismo amor; y como su Padre los ha criado para el cielo, en fuerza del amor que tiene al Padre y á los hombres, se sacrifica todo entero, para que lo consigan, y sean felices por toda la eternidad.

Siendo todos los hombres esclavos del pecado, y víctimas de la muerte temporal y eterna, solo Jesus tiene caudal bastante para pagar su rescate, y librarlos de la condenación. ¡Oh, qué inefable es la premura, con que desea poner la última mano á la

<sup>1</sup> Joann. cap. 8, v. 29.